ISMAEL RODRÍGUEZ LARA

LO PEOR DEL PASADO



Primera edición
Abril de 2025

Del texto
© Ismael Rodríguez Lara, 2025

De la cubierta
© María Verdugo Althöfer, 2025
www.mariaverdugoalthofer.com

De esta edición
© Maclein y Parker, 2025
Pasaje Lagunas de Ruidera, 6
41701 Dos Hermanas, Sevilla
www.macleinyparker.com

Edición y corrección
Maclein y Parker

Diseño de la colección y maquetación
Antonio Abad (Maclein y Parker)

Impresión
Estilo Estugraf Impresores, S.L.
Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-129077-1-1
Depósito Legal: SE-745-2025



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Para los ausentes
(Fernando, Ana y Valeria),
que no podrán leer este libro

Yo sin ti soy una novia sin luna de miel,
un corazón que no sabe latir,
soy un sediento que niega su sed.
Sin ti soy como un ave emigrante sin sur,
soy como un verso sin rima y pasión,
que yo no soy el que soy, si no estás tú.
Que yo sin ti no sería un creador.

TINO TOVAR

DIAGNÓSTICO:
El mundo visto a los veinte años



La distancia entre lo sucedido y lo contado
solo se conoce demasiado tarde.

RAY LORIGA

1

¿Qué hacer cuando, con veinte años, tienes frente a ti a un médico que te mira directamente a los ojos y te dice que tienes cáncer?

Pasará el tiempo, acabarás tu tratamiento de radioterapia y quimioterapia, y encontrarás una única salida: conducir tu flamante BMW a 200 km/h por una carretera llena de curvas. Sin importar lo que ocurra a tu alrededor. Inspiras. Espiras. Tratas de vaciar tu mente. La relación estequiométrica de gasolina y aire te impulsa con un nuevo giro del acelerador. 193 caballos. Tu peso se balancea a un lado y otro de la moto. A lo lejos, la playa en la que comenzó todo. El lugar donde conociste a Elena.

«Un día escribiré para ti un texto sobre un enfermo que colecciona amaneceres».

Llegan a tu mente frases inconexas, fragmentos del cuadro hecho añicos que configuran lo peor de tu pasado. Creías que la velocidad ahuyentaría las palabras, que reescribiría lo que hiciste. Pero las palabras continúan ahí, formando frases que buscan un resquicio para llegar a tu pensamiento. Surgen de la nada, como las hormigas y las arañas que cubrirán meses más tarde el techo de tu casa, cuando vayas puesto de LSD y no quede en tu vida nadie más que tú mismo.

«Quiero que durmamos juntos esta noche. Al menos esta noche».

Oyes la voz de Elena, susurrándote al oído. Y ves a Bea en la cama, acariciando tu calva, mientras escucháis juntos una lista de canciones.

«Pero tengo contra ti que has abandonado a tu primer amor».

Aceleras. Tu piel se eriza. El rugido del motor. El aire que golpea tu cuerpo.

«Domestícame, y te querré cada día hasta que no queden estrellas».

2

La realidad suele resultar deprimente. Las personas no quieren leer sobre el vacío, aunque lo hayan experimentado. Nadie reflexiona sobre la soledad ni las dudas. Es mejor esquivar el encuentro íntimo con la muerte. La oscuridad y lo que evoca son temas tabúes. Como el miedo y la desesperanza, sin cabida en la impávida cotidianidad. Nadie quiere leer una historia triste. Yo me he propuesto escribirla.

3

Me despierto aturdido en mitad de una sala repleta de camas. Intuyo que la operación ha salido mal. No son los efectos de la anestesia ni los escalofríos que me recorren el cuerpo. Algo no cuadra. La vida es un rompecabezas y yo quiero encajar piezas de puzles diferentes.

Hasta mis oídos llegan los murmullos de las enfermeras. Trato de localizarlas sin éxito. Busco llamar su atención, pero no logro empujar hacia arriba la nada de aire que llena mis pulmones. Lanzo un suspiro, resignado.

—El chico se ha despertado.

Hablan a mi espalda.

—Llama a los celadores.

Una enfermera joven extiende una manta sobre mí. Me percato de mi desnudez.

—Vamos a llevarte a planta. En seguida subirá el doctor Santaella.

El sueño me vence.

Cuando despierto, mi madre y mi hermana están en la habitación. Laura aguarda sentada en el sillón para las visitas. En cuanto su mirada tropieza con la mía se incorpora. Se acerca a mí. Me aprieta la mano.

—¿Qué tal estás, hermanito? —me pregunta.

Asiento para tranquilizarla.

Fuera llueve con desgana. Mi madre, perdida en sus pensamientos, permanece muda junto a la ventana, concentrada en contar las gotas que dibujan caminos irregulares por el cristal. Hay un silencio tenso, casi de plomo, que el otorrino interrumpe con su bigote poblado y sus ojos de urgencia.

—Rubén, el pólipo que había en tu cuerda vocal tenía un aspecto extraño, así que hemos tomado una biopsia para enviarla al laboratorio. Los resultados tardarán unos días. Lo mejor ahora es que descanses. Si quieres, puedes irte de vacaciones. En cuanto sepamos algo, te citaremos en la consulta.

4

Mi madre considera que soy demasiado reservado. Ella cree que he enfermado por mis silencios. A su juicio, la enfermedad que se padece guarda una relación estrecha con la personalidad. Tiene un libro sobre ello y está convencida de que yo he callado demasiado. Por eso el cáncer se ha alojado en mi garganta.

«Pero con la operación vas a darte cuenta de lo importante que es hablar de lo que uno siente».

No sé si de verdad lo cree o solo quiere pensar que la enfermedad servirá para algo. Ella, que personifica el silencio. Ella, que se emplea a su vida asceta y acude cada domingo a misa para oír la palabra de Dios sin derecho a réplica.

Porque Jesús vino a liberarnos del pecado. Fue crucificado, muerto y sepultado. Sufrió los golpes de los romanos, como mi madre soportaba las palizas de mi padre cuando llegaba oliendo a licor barato y cenicero. Mi casa era entonces un pantano de agua estancada. No creo que exista el cielo, pero si existe un infierno mi madre lo conoció con mi padre. Pero había que poner la otra mejilla. Porque el amor es paciente y bondadoso, y no tiene envidias, ni es orgulloso, ni es egoísta, ni guarda rencor. Y porque, al final, siempre está la muerte. Con su graciosa red de cazar mariposas.

5

«Y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado. Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido».

APOCALIPSIS 2:3-5

6

Hay conversaciones que resultan difíciles de mantener y temas que tratas de eludir en vano:

—¿Cómo dices que se llama eso que tienes?

—Rabdiomiosarcoma embrionario de laringe —respondes.

—¡Joder, vaya nombre!

Y piensas que el nombre no importa. Porque el lenguaje va siempre tarde y, desde tiempos inmemoriales, persigue inexorable los sentimientos sin llegar a capturarlos del todo. El lenguaje es impreciso. No logra delimitar lo que sentimos. Ni ayuda nunca a cicatrizar las heridas.